

## EL ENSAMBLAJE DE UN LENTE BIFOCAL: EL ANTIFASCISMO COMUNISTA EN CHILE (1922-1939)<sup>1</sup>

THE ASSEMBLY OF A BIFOCAL LENS: THE COMMUNIST ANTIFASCISM IN CHILE (1922-1939)

Ximena Urtubia Odekerken<sup>2</sup>

*Palabras clave*

Chile,  
Partido Comunista,  
Antifascismo,  
Sovietismo

*Recibido*

15-10-22

*Aceptado*

15-02-23

*Key words*

Chile,  
Communist Party,  
Anti-fascism,  
Sovietism

*Received*

15-10-22

*Accepted*

15-02-23

*Resumen*

Desde una perspectiva que rescata su dimensión internacional, este artículo se propone analizar el antifascismo del Partido Comunista chileno durante las décadas de 1920 y 1930. Se explora su nacimiento y desarrollo a partir de su cruce con el soviétismo, bajo el entendido de que fueron parte de un internacionalismo que estaba adquiriendo rasgos estalinistas. De este modo, se concluye que el antifascismo comunista se estructuró como un lente bifocal nacional e internacional a la vez.

*Abstract*

From a perspective that rescues its international dimension, this article aims to analyze the anti-fascism of the Chilean Communist Party during the 1920s and 1930s. It explores its birth and development from its intersection with Sovietism, under the understanding that they were part of an internationalism that was acquiring Stalinist traits. In this way, it is concluded that communist anti-fascism was structured as a national and international bifocal lens at the same time.

### INTRODUCCIÓN

En el 2014 cuando no solo, por primera vez, investigaba al Partido Comunista de Chile (PCCH) de los años 20 y 30. Por primera vez también, me encontré con un tema que en mis siguientes estudios sobre el comunismo iría adquiriendo relevancia: el antifascismo.

Tal acercamiento fue una serendipia. Revisaba el año 1922 del periódico *El Despertar de los Trabajadores*, que fue uno de los principales medios que el PCCH editó en la

1 Este artículo contó con el patrocinio de la Beca Interna Doctoral CONICET para Países Latinoamericanos.

2 Universidad Nacional de San Martín, Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas, Argentina. C. e.: xurtubiaode@gmail.com.

zona norte del país e, inesperadamente, una nota captó mi atención. En la editorial del 26 de diciembre, este joven partido, de casi un año de vida, manifestó su preocupación por la organización del fascismo en Chile.<sup>3</sup>

El desconcierto inicial fue grande precisamente por la fecha. Una pregunta natural para mí, que asociaba la lucha antifascista con los tumultuosos años de Hitler y Mussolini, era acaso si había un “antifascismo antes del antifascismo”. Más enigmático aún era cómo el PCCH, un partido hasta cierto punto “provinciano” en esa época, había dejado de considerar el fascismo como un fenómeno exclusivamente europeo y, por lo mismo, susceptible de darse en el país. Así, quise reconstruir sus orígenes y eso motivó la escritura de un artículo que publiqué tres años después (Urtubia Odekerken 2017).

En ese entonces, el antifascismo comunista en Chile era un tema escasamente explorado, pese a una cada vez más prolífica producción de investigaciones históricas sobre el PCCH. Bastante se conocía del impacto de la política de *frentes populares* en este partido, a propósito de la formación de las amplias coaliciones que dieron forma a todo un ciclo en la historia política de Chile –los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda, Juan Ríos Morales y Gabriel González Videla–. En cambio, más allá de su carácter instrumental, poco sabíamos que este tipo de antifascismo también se expresó en distintas formas de internacionalismo.

Si bien este panorama no ha cambiado significativamente con el paso de los años, hoy contamos con un pequeño conjunto de estudios que han arrojado luces sobre la trama internacionalista del antifascismo comunista. Sabemos que la idea del fascismo criollo en el PCCH se alimentó, durante los 20 y 30, tanto de los acontecimientos que marcaron el devenir de Italia, Alemania y España como de la discusión en el movimiento comunista sobre el tema (Quintana Román 2018, Urtubia Odekerken 2017). Aquello no solo se tradujo en su participación en organizaciones antifascistas que mantenían vínculos con el exterior, sino también en acciones de solidaridad internacional (Quintana Román 2018, Ulianova 2006) y en la construcción de un enfoque “antifascista” para leer coyunturas y procesos en otros países (Fernández Abara 2015a y 2015b).

En este campo, busco analizar acá el nacimiento y el devenir del antifascismo comunista de este período, a la luz de una reciente investigación que realicé sobre la internacionalización del PCCH (Urtubia Odekerken 2019).

Durante esas décadas, este partido emprendió un camino que lo llevó a ser una organización acoplada a los términos de un movimiento transnacional que se forjaba estalinista. Así, su internacionalismo, entre otras cosas, articuló un flujo de ideas que fue recogiendo tales concepciones y eso lo distinguió de otros partidos y colectivos.

Si bien no fue el único, el vínculo con la Unión Soviética (URSS) fue uno de los principales puentes que conectó al PCCH con el mundo. Ciertamente, el soviétismo fue un ideario compartido por diversos grupos culturales y políticos, pero el comunismo

---

3 1922. Editorial ¿Hacia la organización del fascismo chileno? *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 26 de diciembre.

le dio un contenido ideológico específico. En la práctica, aquello no solo le permitió discernir lo razonable y creíble de lo falso e irrisorio, también le dio forma a una adscripción aparentemente sin reservas.

Como hipótesis, planteo que tal desarrollo en el PCCH no estuvo separado del derrotero de su antifascismo. Siendo parte de la Internacional Comunista o Komintern, este partido adscribió a una idea internacionalista de la revolución que, a su vez, configuró residualmente una idea de la contrarrevolución. A partir de estas dos caras, tanto el antifascismo como el soviétismo fueron dos idearios fuertemente vinculados, al ser las principales hebras de un internacionalismo que fue adquiriendo rasgos estalinistas.

Con todo, el antifascismo del PCCH no fue producto de una traslación mecánica de los acontecimientos internacionales ni fue un discurso impuesto desde arriba. Estuvo inscrito en un contexto ideológico que lo identificó con la contrarrevolución. Así, en la medida que avanzó la teorización del fascismo, el antifascismo dio sentido a las preocupaciones y experiencias del PCCH, incluso en circunstancias en que su vínculo con el Komintern fue más laxo. En ese sentido, fue un lente bifocal.

A lo largo del período, el antifascismo comunista fue adaptando sus términos a los cambios que experimentó la relación entre revolución y contrarrevolución. De este modo, no solo respondió a los virajes estratégicos y al lugar que estaba ocupando la URSS en el escenario mundial. El antifascismo en el PCCH también se fue moldeando al calor de una historia nacional reciente que, a su vez, se veía articulada internacionalmente.

Este artículo hace un recorrido de tres estaciones. Primero, se aborda la relación entre el antifascismo y el soviétismo en el internacionalismo del PCCH. Luego, el desarrollo del antifascismo en este partido al alero de las distintas líneas políticas que impulsó durante los 20 y 30. Finalmente, un episodio que servirá para profundizar en este cruce: el Pacto germano-soviético.

#### EL PCCH Y LA TRAMA DEL INTERNACIONALISMO

Durante la primera mitad del siglo xx, en el movimiento comunista internacional se planteaba que el devenir de la humanidad estaba marcado por la contradicción principal entre dos grandes bloques ideológicos: el capitalismo y el socialismo. Tal enfrentamiento acabaría con la destrucción de uno en manos del otro. En este juego de suma cero, la revolución mundial fue considerada, tras el triunfo de la insurrección bolchevique en Rusia, como un imperativo que no solo permitiría la sobrevivencia del primer Estado revolucionario. La suerte de un proceso socialista en cualquier otro país también dependería del derrotero que siguiera la revolución mundial. Por esta razón, la fundación del Komintern fue toda una apuesta por construir un partido transnacional que le diera conducción.

Hacia el año 1923, las expectativas por una revolución que partiera en Europa habían alcanzado un punto muerto en el Komintern. La derrota de las insurrecciones en Alemania, donde estaba justamente la mayor apuesta, significó un fuerte golpe a tal proyecto. Aun cuando no se renunciaría a la idea, con el tiempo la revolución mundial se vio sujeta

a la consolidación del Estado soviético. A fines de la década, la tesis del “socialismo en un solo país” terminó de consolidar su identificación con la defensa de la URSS, bajo el supuesto que su existencia podía ser un factor de inestabilidad para los países capitalistas.

En este contexto, los partidos que buscaron adherirse al Komintern emprendieron su internacionalización, primeramente, adoptando las ventidós condiciones de admisión. Luego, el modelo bolchevique-leninista de partido, a raíz de la política de “bolchevización” que este organismo promovió en sus secciones nacionales desde 1925. Finalmente, la “estalinización” terminaría de forjarlos como partidos estalinistas. No obstante, la internacionalización del comunismo no solo se expresó en la subordinación de estas organizaciones nacionales al Komintern y en su consiguiente uniformidad orgánica e ideológica. Integrar un movimiento revolucionario mundial implicó, además, un internacionalismo que iba de la mano con el sentimiento de ser parte de un proceso global.

En sus primeros años de vida, el PCCH hizo gala de una autonomía poco frecuente. Hasta que fue intervenido a fines de los 20, este partido mantuvo una relación laxa y esporádica con el Komintern. Se trataba de una adscripción más simbólica que práctica. En efecto, el PCCH, si bien era inconstante en sus comunicaciones y mostraba desinterés en pedir orientaciones, no era un partido que estuviese encerrado en sus preocupaciones nacionales. Menos aún, cuando su inserción en el movimiento comunista se afianzó al concluir su bolchevización y estalinización hacia los 40. Su internacionalismo adquiriría sentido en el contexto de esas preocupaciones y en la autoconciencia de sus propias fuerzas y éxitos. De este modo, el PCCH siempre estuvo atento a lo que pasaba en otros países, porque consideraba que contribuía a la prosecución de sus luchas. Por supuesto, esta motivación no necesariamente se tradujo en una participación más activa en los organismos internacionales o en las distintas iniciativas de solidaridad.

¿Cómo aportó al PCCH lo que acontecía en Italia, España, Alemania o la URSS?, ¿qué relación tenía Chile con países cuyas diferencias podían ser abismales?

Para un partido que se declaraba revolucionario e internacionalista, ni las fronteras ni las grandes distancias geográficas significaron obstáculos serios para que la coyuntura política nacional estuviese marcada por fuerzas que la trascendían. Así, para el PCCH, la situación de su país formaba parte de una gran problemática mundial que, en la confrontación capitalismo/socialismo, fue adquiriendo rasgos específicos según las tesis komintereanas.

De este modo, el Chile de los 20 no estuvo libre del contraataque de la burguesía imperialista hacia las conquistas del movimiento obrero, tras la derrota de la ola revolucionaria en Europa. Tampoco escapó de la crisis general que afectó al capitalismo con la Gran Depresión del 29, ni de la amenaza que estaba significando la expansión del fascismo en los 30. En todos los escenarios, la perspectiva comunista no solo situaba a Chile en las antípodas del único bastión del socialismo que se estaba erigiendo en el mundo –la URSS–. Al igual que los demás países donde la revolución seguían

siendo un desafío pendiente, Chile también era visto como un lugar donde se podía emprender tal camino.

Con el triunfo de la insurrección bolchevique, la idea de la revolución mundial articuló un patrón de emancipación que instalaba la posibilidad de transformar el presente desde cualquier latitud. Según esta perspectiva, la URSS estaba logrando el estadio más avanzado de una trayectoria histórica que podía conectar todos los procesos revolucionarios independientemente de sus diferencias casuísticas. Así, pese a las brechas que separaba Chile de otros países, para el PCCH había desafíos y peligros comunes.

El internacionalismo del PCCH se fue articulando a partir de una lectura ideológica que identificaba la revolución con el socialismo y la contrarrevolución (o “reacción”, a decir de la época) con el capitalismo. De este modo, sus soviétismo y antifascismo estaban inscritos en una lectura marxista que, como veremos más adelante, se fue adaptando a las distintas caracterizaciones que hizo el movimiento comunista sobre la situación internacional. Ciertamente aquello lo distinguió de otros sectores que, durante los 20 y 30, también se declaraban antifascistas y prosoviéticos.

Si bien la URSS podía ser un referente de modernidad admirado por una gran diversidad de sectores, para el PCCH también era un país que estaba “construyendo el socialismo”. Consiguientemente consideraba, a la luz de las constantes noticias que recibía sobre la implementación de los planes quinquenales, que ese país había abolido la explotación y las divisiones de clase, y se aprestaba a forjar una sociedad con valores y principios socialistas. Esa era la llamada “revolución desde arriba” de Stalin. Bajo esa premisa, todo aquello que el PCCH consideró “soviético” –más allá de su pertenencia a la URSS– aludía a algún estadio, incluso inicial, de aquel largo camino para llegar al rojo amanecer. De este modo, su soviétismo, a diferencia de otros sectores, tenía una particularidad: su estalinismo.

En este escenario, el fascismo para el PCCH, y al corriente de la elaboración que hacía el movimiento comunista, fue una derivación autoritaria e imperialista del capitalismo. De este modo, su antifascismo expresó la lucha política e ideológica en contra de una contrarrevolución que estaba articulada nacional e internacionalmente. Aquello no solo implicó considerar los regímenes propiamente fascistas como los grandes enemigos a combatir, sino también las fuerzas “fascistas” o “colaboradoras del fascismo” que estaban operando en otros países.

Con todo, la trama del internacionalismo en el PCCH estaba compuesta por hebras que poseían una lógica común y que también estaban entrelazadas. Mientras la idea de la revolución fue cambiando sus términos durante los 20 y 30, se produjeron virajes estratégicos y se instalaron las concepciones estalinistas en el comunismo. El soviétismo y el antifascismo, como veremos a continuación, resignificaron –bajo esas modulaciones y en estrecha correlación– una serie de acontecimientos y coyunturas de otros países. De este modo, el PCCH no solo encontró nuevas referencias para comparar su realidad local con otros contextos. Este partido también pudo interpretarla desde la perspectiva de los “ismos” globales.

## EL ANTIFASCISMO COMUNISTA: UN LENTE BIFOCAL

Asaltos, golpizas y asesinatos marcaron el tono sombrío de las noticias que, a inicios de los 20, el PCCH dio a conocer sobre las *camisas negras* en Italia. Hasta el ascenso al poder de Mussolini en octubre de 1922, el fascismo era sinónimo de violencia brutal, incluso patológica, que estaba especialmente dirigida en contra las organizaciones obreras y de izquierda. Ciertamente, se trataba de un fenómeno nuevo que, dada su creciente importancia, para el movimiento comunista y el PCCH resultaba necesario conocer.

En julio de 1922, los argentinos José Penelón y Juan Greco, por entonces agentes del Komintern, desembarcaron en Roma para luego dirigirse a Rusia. En su paso por esas tierras, aprovecharon la oportunidad de establecer contacto con sus pares italianos y así conocer el desarrollo del fascismo en ese país. La entrevista con Umberto Terracini, quien había sido fundador del Partido Comunista italiano y era uno de sus principales cuadros, fue publicada en exclusiva por el periódico bonaerense *La Internacional*. Finalmente, su reproducción apareció en Chile recién en octubre de ese año.<sup>4</sup>

En dicho informe, el panorama en Italia era francamente desolador. A juicio del Terracini, se había perdido una oportunidad histórica al no haber aprovechado la profundidad de la crisis que tenía en jaque a la burguesía. Así, lo que se estaba viviendo era un “período de inmensa reacción capitalista”. En estas circunstancias, el fascismo se mostraba como un férreo colaborador de este terriblo que estaba siendo financiado por grandes terratenientes. Las hordas fascistas estaban, al inicio, compuestas por mercenarios y delincuentes. Una vez que “jóvenes hijos de la burguesía comenzaron a tutelar directamente sus intereses y privilegios en la misma forma”, reconocía Terracini, el fascismo había logrado crecer enormemente.

Más allá del caso, el fascismo era conceptualizado por Terracini como un “fenómeno permanente” que era producto de la agudización de la lucha de clases. En ese sentido, en el movimiento comunista se rescató su carácter netamente instrumental. En circunstancias donde el orden de cosas estaba siendo amenazado por una revolución mundial inminente, se esperaba que el capitalismo recurriera a esa punta de lanza.

Esta entrevista muy posiblemente fue el primer análisis sistemático del fascismo (previo al ascenso al poder) que llegó a la región sudamericana desde Europa. En Chile, era una novedad que permitió inscribir en una lectura marxista una serie de noticias que, si bien preocupantes, no dejaban de ser una acumulación de hechos que no tenían más contenido que el terror y la violencia.

En la contradicción capitalismo/socialismo, desde la perspectiva comunista el fascismo estaba al servicio de las fuerzas reaccionarias que, en una interconexión nacional e internacional, buscaban aplastar el proyecto de la revolución mundial. Con el fracaso de la ola revolucionaria en Europa y el advenimiento de una ofensiva llamada a restaurar el viejo orden, empezó a hacerse aún más evidente el carácter instrumental del fascismo.

---

4 J. Penelón y J. Greco, 1922. La situación política en Italia. El fascismo, su origen y desarrollo. *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 10, 14 y 19 de octubre.

Hacia 1924, el panorama internacional no era auspicioso para el movimiento comunista. Mussolini en Italia, Primo de Rivera en España y el nazismo en Alemania eran parte de una regresión que, en otros países, no solo se expresaba en el recrudecimiento de la represión y la persecución de las organizaciones sociales y políticas de izquierda. El fascismo era también un peligro y así lo confirmó el PCCH al denunciar que en Chile tal fenómeno se estaba desarrollando.

Con todo, el antifascismo del PCCH nació en medio de un ambiente de definiciones que iba al calor de los acontecimientos internacionales. En la medida que el fascismo en Italia fue tomando determinadas características, lo que estaba siendo considerado como fascista en Chile reflejaba la dificultad de teorizar dicho fenómeno y, más aún, aplicarlo en otros contextos. Por esta razón, durante la primera mitad de los 20, el PCCH identificó con el fascismo a un conjunto heterogéneo de actores: los círculos obreros católicos, el Partido Conservador e, incluso, el movimiento militar que derrocó al gobierno del liberal Arturo Alessandri Palma aun cuando tenía un discurso antioligárquico y reformista. Todos estos sectores, a juicio del PCCH, representaban el apego a un viejo orden de cosas que se buscaba consolidar y, en ese sentido, formaban parte de una contrarrevolución internacional que se articulaba nacionalmente. Con tal ambigüedad, para este partido no fue posible, aun cuando se declaraba antifascista, desarrollar una política específica.

A fines de 1926, esta caracterización cambió una vez que en el movimiento comunista se llegó a la tesis sobre el origen capitalista del fascismo. Ya no se trataban de sectores definidos así por su funcionalidad a los intereses burgueses y por compartir ciertos rasgos con el fascismo italiano, sino que era la misma burguesía la que recurría a “métodos fascistas”. Tanto el recrudecimiento de la represión y el fortalecimiento del aparato coercitivo como la regulación de las relaciones y los conflictos laborales fueron considerados intentos de domesticar el movimiento obrero y aplastar su combatividad. De esta manera, el concepto se universalizó. Consiguientemente, el antifascismo comunista pudo ensamblarse como un lente bifocal, nacional e internacional a la vez, que fue actualizando su contenido con el tiempo. En adelante, el PCCH miraría desde ese enfoque lo que en Chile sería la expresión de un conflicto mundial que iría cambiando sus términos.

#### EL PCCH Y EL ANTIFASCISMO DEL «TERCER PERÍODO»

La escala global que alcanzó la crisis estadounidense derivada del crac de 1929, según el movimiento comunista, parecía confirmar un vaticinio cada vez más inminente: el colapso del capitalismo. Un año antes, el VI Congreso del Komintern resolvió que el sistema capitalista había entrado en su fase final y que, en adelante, el llamado “tercer período” se caracterizaría por aceleradas crisis económicas y la agudización de la lucha de clases. Dado que la Gran Depresión estaba impactando en casi todos los países, para los partidos comunistas había muchas razones para pensar que se estaba al borde

del abismo y que, por eso, los gobiernos burgueses recurrirían a la guerra y al fascismo para sobrevivir. Sin embargo, a diferencia de aquellos países de capitalismo avanzado, la situación en América Latina tomaba rasgos particulares que radicaba en un sector agrario atrasado y una matriz productiva dependiente del capital extranjero.

Frente a este escenario, el panorama en la URSS demostraba que este país estaba escapando de la crisis. Con la implementación del primer Plan Quinquenal desde 1928, se inició lo que sus autoridades bautizaron como la “construcción del socialismo”, a propósito de sus principales objetivos, la socialización de la estructura económica y la abolición de las clases sociales. Sus avances y éxitos, constantemente celebrados por los partidos comunistas, reafirmaron el sentido de aunar fuerzas por defender el único bastión del socialismo. En efecto, mientras la URSS demostrara la viabilidad de su modelo, se consideraba que su existencia corría peligro al estar socavando con el ejemplo la estabilidad de los países capitalistas.

Bajo estos términos, la contradicción socialismo/capitalismo se agudizó de tal forma que, para el Komintern, había llegado el momento de pasar a la ofensiva. No podía haber medias tintas: era el fascismo o el socialismo. Así, el movimiento comunista adoptó una estrategia afín a la necesidad de aprovechar la crisis en pos de la revolución socialista o, para el caso de América Latina, la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista. En adelante, se debía impulsar la formación de un frente de explotados, el llamado Frente Único por la base, a partir del movimiento obrero revolucionario y las organizaciones simpatizantes. Sin embargo, cualquier tipo de alianza con la dirigencia socialdemócrata y reformista quedaba descartada de plano. Dada su incidencia en la clase obrera, el Komintern planteaba que estos sectores eran sumamente peligrosos porque, frente a una revolución inminente, finalmente operarían como la mano izquierda del fascismo.

En Chile, la Gran Depresión causó tal nivel de estrago que rápidamente marcó el inicio de la década. La contracción del comercio internacional, el desempleo, la inflación y la escasez de alimentos básicos y de todo tipo de enceres cotidianos expresaron la envergadura de la crisis. Por supuesto, esta situación no hizo más que avivar la agitación social y política derivada de las fisuras del viejo orden oligárquico. A la caída de la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo, en julio de 1931, le siguió un período de alta inestabilidad y militarismo que lograría finalmente normalizarse en 1938, con el inicio del primer gobierno frente-populista. Dictaduras y regímenes de facto, huelgas, sublevaciones, masacres, complots y golpes de Estado constituyeron hitos que, a los ojos del PCCH, evidenciaron cómo el sistema capitalista chileno se hacía parte de la tendencia mundial.

La dictadura ibañista fue caracterizada, incluso antes de la llegada de Ibáñez del Campo a la presidencia, como el primer régimen propiamente fascista que se instauraba en Chile. Siendo el “hombre fuerte” de un gobierno donde su impronta superaba a la del presidente, el Komintern planteaba que su gestión era un golpe asestado por la burguesía asociada a la exportación del salitre. Estando controlada por capitales

ingleses y luego estadounidenses, este sector buscaba salvarse frente a una crisis que, en el peor de los casos, podía llegar a ser terminal.

Una vez electo Ibáñez del Campo en 1927, su gobierno se encargó de perseguir a los sectores anarquistas y comunistas del movimiento obrero, mientras impulsaba un proceso de reforma estatal que modernizaría la legislación laboral. En general, el Komintern veía que la burguesía chilena buscaba beneficiar a las empresas imperialistas cediendo la explotación de materias primas y aumentando sus ganancias a costa de las y los trabajadores. Coincidiendo con este diagnóstico, el PCCH luego precisaría que la dictadura, pronorteamericana, debió lidiar con una lucha interimperialista por el monopolio del salitre y que aquello habría incidido en su caída.<sup>5</sup>

En los años siguientes, el PCCH planteó que había una continuidad esencial entre la dictadura y los gobiernos que la sucedieron hasta la elección de Alessandri Palma en 1932. Durante los años de clandestinidad, se estableció un marco referencial que permitió a este partido profundizar su caracterización sobre el fascismo criollo. Más que solo adaptar el aparato institucional para reprimir y cooptar al movimiento obrero, lo que definía una dictadura como fascista era el control del Estado ejercido por un maridaje militar-civil servil al imperialismo. Así, aun cuando se reivindicaran “civilistas”, para el PCCH dichos gobiernos terminarían por incorporar a las Fuerzas Armadas o, en el peor de los escenarios, generarían las condiciones para un nuevo golpe militar. En suma, concluía que el sistema capitalista chileno en tal situación de crisis requería del militarismo para sobrevivir.<sup>6</sup>

Si bien restauró la normalidad institucional, el gobierno de Alessandri Palma no escapaba del todo a esta definición, según el PCCH. Además de consolidar la legitimidad de la normativa laboral, su gestión rápidamente se hizo de un sello represivo que significó más continuidad que ruptura. A la modernización del aparato coercitivo y la frecuente utilización de facultades extraordinarias y estados de sitio, se sumó el despliegue de una ofensiva sistemática que distinguió al comunismo como la principal amenaza. De este modo, la persecución hacia el PCCH también incluyó la censura y el apresamiento de sus dirigentes. No obstante, este partido consideraba que la situación era aún más grave: se estaba utilizando la Milicia Republicana, es decir, un grupo de civiles armados que se transformaba, por aquellos años, en un verdadero ejército civil.

Para el PCCH, este sombrío escenario era comparable a la Alemania nazi. En ambos países, advertía que se estaba utilizando el terror para imponer el costo de la crisis a la clase obrera. Los paralelismos entre ambos contextos no solo expresaron el razonamiento de este partido sobre el fenómeno fascista, sino también el impacto que estaba teniendo la represión en sus filas. Así, planteó que mientras Alessandri Palma cargaba con varias masacres y tenía la Milicia Republicana a su servicio, Hitler y sus “hordas de asesinos” ya habían perpetrado asesinatos masivos.<sup>7</sup> De este modo, el PCCH daba a co-

5 1931. Los piratas ingleses preparan un nuevo asalto al país. *Bandera Roja*, Santiago, 20 de agosto.

6 1931. Editorial. Desenmascaremos el civilismo. *Bandera Roja*, Santiago, 20 de agosto.

7 1933. Los últimos acontecimientos de Alemania y la dictadura de Hitler. *El Comunista*, Antofagasta, 13 de marzo.

nocer la cara más sangrienta de un régimen que, a su parecer, se estaba “fascistizando”. Sin embargo, advertía que su brutalidad, tal como lo habían hecho sus precedentes, era edulcorada con falsas promesas de bienestar que traían consigo un mayor control –en favor de la patronal– sobre los conflictos laborales y los sindicatos.

Desde la óptica comunista, el Chile de los primeros 30 estuvo asediado por la contrarrevolución, aun cuando los grupos declaradamente fascistas eran minoritarios. Para el PCCH, la lucha por una revolución gradual que permitiría a su país ser algún día un “país soviético”, con una estructura económica socializada y un régimen de trabajo sin explotación, necesariamente debía adquirir rasgos antifascistas. De este modo, el llamado Frente Único por la base persiguió el horizonte socialista en principio y, por entonces, se definió que no podía estar compuesto por sectores que claudicaran en tal objetivo.

El antifascismo comunista adaptó sus términos a la batalla ideológica por la revolución. De ese modo, además de los regímenes fascistas, también distinguió un sector dentro de las izquierdas que terminaba por ser funcional al fascismo. El PCCH denunció como “social-fascistas” principalmente a socialistas y trotskistas, en circunstancias que sus procesos de construcción partidaria se concretarían, en 1933, con la fundación del Partido Socialista y la Izquierda Comunista. En particular, los acusó de una serie de faltas que reflejarían su supuesto profascismo y, con ello, su carácter contrarrevolucionario: haber colaborado con la represión, ser favorables a la regulación legal del sindicalismo o tener vínculos con la oficialidad militar. Haciendo uso de una idea del fascismo que respondía a una historia reciente, el PCCH marcaba sus diferencias ideológicas y políticas reafirmando su estalinismo en aras de disputar la que iba ser la próxima revolución chilena.

#### EL ANTIFASCISMO FRENTE-POPULISTA EN EL PCCH

La expansión del fascismo en Europa encendió las alarmas. Frente a la crisis capitalista y la agudización de la lucha de clases, en el Komintern se dio por sentado que el fascismo había pasado a la ofensiva. Georgi Dimitrov, su secretario general, planteó que los gobiernos burgueses, con tal de evitar la revolución, terminaban por facilitar el ascenso del fascismo al poder. Así, preveía que las dictaduras o los regímenes fascistas tenían etapas preparatorias, donde se intensificaba la restricción de las libertades públicas y la represión contra las organizaciones políticas y sociales de izquierda. De este modo, concluía que –con el giro autoritario de los países capitalistas– se buscaba implantar una política de expoliación contra las y los trabajadores, lo que también pasaba por impulsar la guerra contra la URSS.

Concluido el segundo Plan Quinquenal, la URSS anunciaba que el proceso socialista avanzaba a pasos agigantados. Por entonces, en los partidos comunistas se daba por consolidada la abolición del capitalismo y el establecimiento de una democracia integral. Por lo mismo, la apuesta del tercer Plan Quinquenal era otra: la de alcanzar un nivel de vida mejor al que se estaba ofreciendo en los países capitalistas. Una apuesta que, según las noticias que a diario se daban a conocer, parecía estar cumpliéndose. De

este modo, el contraste entre ambas realidades se acentuaba de tal forma que, según el Komintern, la superioridad del modelo socialista hacía que la URSS continuara siendo una amenaza para el capitalismo. Sin embargo, como la beligerancia y los afanes expansionistas de las potencias fascistas también significaron un peligro para otros países, la URSS terminó de reconocer la necesidad de buscar apoyo en gobiernos capitalistas cuyos países también estuvieran expuestos.

La contradicción socialismo - capitalismo se reformuló en una nueva confrontación que llevaría al movimiento comunista a pasar a la defensiva. Una vez más, la disyuntiva no daba lugar a términos medios: era el fascismo o la democracia. Según esta lógica, no solo era necesario defender el único bastión del socialismo, sino que también se debía garantizar la posibilidad de una revolución en cualquier otro país, aun cuando implicara impulsar una agenda reformista con otros sectores. En adelante, la prioridad de los partidos comunistas sería la de contener el avance del fascismo mediante el establecimiento de grandes alianzas antifascistas –los llamados “Frentes Populares”– bajo la bandera de la lucha por la democracia.

En este contexto, el estallido de la guerra civil en España, a mediados de 1936, tensó aún más la situación. Dado los intereses geopolíticos de las potencias europeas, se temía que el conflicto escalara a nivel continental. Frente a ese riesgo, se firmó el Pacto de No-Intervención, el cual fue suscrito por Alemania, Italia y la URSS, entre otros países. No obstante, pronto la cancillería soviética denunció la intervención de los países fascistas en favor del bando sublevado. Así, para el PCCH y el movimiento comunista, la guerra civil española era la antesala a la conflagración mundial entre los grandes bloques y, en ese sentido, el bando liderado por Franco no era más que un instrumento del eje Roma-Berlín. De este modo, apoyar al bando republicano era también tomar posición por la defensa de la democracia en el mundo.

Por entonces, si bien los grupos declaradamente fascistas eran minoritarios, el PCCH planteaba que Chile era otra víctima más de la ofensiva autoritaria que buscaba llevar al triunfo del fascismo en América Latina y el mundo. Este partido veía que el gobierno de Alessandri Palma se estaba “fascistizando”, principalmente por recurrir a medidas cada vez más autoritarias y represivas para ahogar las luchas sociales. En ese sentido, consideraron el rechazo de su inscripción electoral, la promulgación de la Ley de Seguridad Interior del Estado y el atentado contra un senador socialista como parte de un giro autoritario que facilitaría la penetración imperialista.<sup>8</sup> Por esta razón, el PCCH identificó con el fascismo a la derecha, es decir, como la principal amenaza a la democracia y a la soberanía nacional.

Ante tal escenario, el PCCH desarrolló la estrategia frente-populista formando amplias coaliciones con partidos de izquierda y otros sectores progresistas. La primera, el Frente Popular y, desde 1942, la segunda, la Alianza Democrática. Ambas fórmulas tácticas, la segunda con mayor amplitud que la primera, buscaron disputar el poder político a la derecha por la vía institucional. De este modo, se colocó el antifascismo

8 1936. Editorial. Crisis de la democracia. *Frente Popular*, Santiago, 6 de noviembre.

como punta de lanza y, con ello, la democratización y el desarrollismo económico en el centro de sus programas.

El Frente Popular fue constituido en 1936, principalmente en torno a la alianza entre comunistas, radicales y socialistas. Dos años después, lograría uno de sus principales triunfos: la elección de Aguirre Cerda, su candidato presidencial. Dicha experiencia no solo significará para el PCCH consolidar su integración al sistema político institucional, aun cuando no ocupó cargos en el Ejecutivo. El Frente Popular también fue un momento de prueba y tensión en torno al problema de la revolución a propósito de tal inserción. En la práctica, la postergación que haría el PCCH de los objetivos socialistas sería indefinida.

Por entonces, la situación chilena se volvía esperanzadora para el PCCH. A pocos días de la elección, reafirmó su apoyo a un programa que, desde su mirada, inauguraría un camino de liberación comparable incluso con la Revolución de Octubre. Así, la apuesta era alta: la democracia y el desarrollismo fueron considerados por este partido como los principios de una emancipación que sería nacional y mundial. En ese sentido, parecía que Chile iniciaba una trayectoria que, algún día, podría devenir en una democracia plena y una sociedad sin explotadores, tal como se decía que estaba ocurriendo en la URSS. Sin embargo, el PCCH también era consciente de que nada estaba garantizado.

Chile, España y la URSS eran las tres caras de un mismo proceso en curso. Al estar el fascismo al asecho, en el movimiento comunista se planteaba que el peligro de la contrarrevolución en todos los países era inminente y podía adquirir diferentes formas. En ese sentido, el PCCH denunciaba que España no solo estaba siendo asediada por la intervención de los países fascistas. El trotskismo, advertía, estaba siendo funcional al fascismo al llamar a la desertión de los frentes de batalla y al supuestamente instigar la división de las filas republicanas. En la URSS, por su parte, se decía que se había intentado derrocar al poder soviético.<sup>9</sup> De este modo, resultaba lógico para el PCCH plantear que Chile estaba expuesto a peligros similares, a propósito de quienes desconocían la legitimidad del triunfo y del gobierno frentista.

El 25 de agosto de 1939 se confirmaron esos temores. El intento de golpe de Estado encabezado por el general Ariosto Herrera Ramírez –el “Ariostazo”– fue considerado, por el PCCH, como parte de un complot que ayudaría a la derecha a recuperar el poder. Por lo mismo, acusó que tal sedición, orquestada con la complicidad del fascismo internacional, buscaba derrocar el régimen democrático en Chile. No obstante, frente a los recientes acontecimientos internacionales, pronto el PCCH daría un giro en su caracterización del conflicto y, con ello, cambiarían los términos de su antifascismo.

El antifascismo comunista se adaptó nuevamente a la disputa ideológica. Superada la tesis del *social-fascismo*, la contrarrevolución volvió a identificarse con la derecha, si bien caracterizándola como un sector antidemocrático. No obstante, esta reformulación tuvo sus límites: el estalinismo del movimiento comunista. Así, adscribiendo a

---

9 1937. El trotskismo, Quinta Columna del Movimiento Popular Mundial. *Frente Popular*, Santiago, 31 de julio.

una concepción que asociaba al trotskismo con el fascismo, el PCCH denunció un serio enemigo en el seno del Frente Popular: la ex Izquierda Comunista.

Con la incorporación de gran parte de esa organización al Partido Socialista en 1936, la unidad del Frente Popular, según el PCCH, corría riesgo. Llegó a plantear que sus divergencias con los socialistas radicaban en las intrigas trotskistas. Por lo mismo, el PCCH denunció que este sector era cómplice de las maquinaciones de la derecha. Consiguientemente, también los acusó de ser la “quinta columna” que, en una conspiración mundial, buscaba implantar el fascismo.<sup>10</sup> De este modo, el PCCH no solo marcaba sus diferencias ideológicas y políticas con un partido que cargaba con el peso histórico de haber sido su principal disidencia. Una vez más, reafirmaba su estalinismo en pos de disputar los términos de un proceso en curso.

#### EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO: ¿UN MENTÍS?

El Pacto germano-soviético fue un hecho polémico y que, en los partidos comunistas, provocó gran desconcierto. En Chile, se informó del acuerdo apenas el día anterior a la firma, estando el canciller alemán en Moscú. El mismo 23 de agosto de 1939, recordaba el escritor comunista Volodia Teitelboim en sus memorias, él y sus camaradas quedaron completamente descolocados con la noticia: “Recuerdo la amargura, el alud de recriminaciones que se produjeron entre nosotros y las preguntas angustiosas tratando de descubrir el porqué de un paso tan inesperado y sorprendente” (Teitelboim 1999, p. 73).

La necesidad de encontrar sentido era apremiante, porque el Pacto desafiaba la contradicción que mantenía en veredas opuestas a la democracia del fascismo. Hasta entonces, las tesis del Komintern apuntaban a una próxima conflagración mundial entre ambos bloques, donde la URSS era el único país que jamás claudicaría en la causa antifascista al estar en juego su propia existencia. Con el Pacto, no solo se ponía en entredicho esta premisa, sino que se tensaba la lógica de suma cero que caracterizó la irreconciliable dicotomía entre el capitalismo y el socialismo. De esta manera, se remecía uno de los fundamentos ideológicos de la lucha comunista al plantear una dinámica entre Alemania y la URSS que no fuera la confrontación.

Por años, los medios comunistas se preocuparon de seguir atentamente la experiencia soviética. Condenaron los afanes expansionistas del fascismo y, con horror, denunciaron el infierno que se vivía en Alemania. Por lo mismo, al PCCH le resultaba razonable plantear que había una guerra inminente entre los bloques. Así, ¿cómo entender el Pacto germano-soviético para que, frente a los ojos comunistas, fuese creíble y aceptable?

Aun cuando este hecho inauguraba una relación inédita entre los bloques ideológicos, mientras se mantuviera la contradicción socialismo/capitalismo, para quienes estaban interiorizados en aquellos lugares comunes, resultaba razonable creer que el Pacto germano-soviético seguía el espíritu de la política exterior soviética. No obstante, que fuese considerado creíble no garantizaba un alto nivel de aceptación.

10 1937. Trotskismo y fascismo. *Frente Popular*, Santiago, 29 de noviembre.

En efecto, para construir su legitimidad, fue necesario resolver explícitamente sus aparentes contradicciones.

Durante los días sucesivos a la firma, notas, artículos y editoriales de los medios comunistas estaban lejos de ofrecer un discurso rígido respecto al sentido que tenía el Pacto. Presentaron matices y, como tales, expresaron indirectamente las distintas inquietudes de quienes, si bien reconocían la verosimilitud del hecho, no lo aceptaban plenamente. De esta manera, aun cuando no tengamos registros de todas las divergencias que pudo provocar, la insistencia en la compatibilidad del Pacto con el antifascismo refleja que ahí radicó la mayor parte de los reparos.

El Pacto germano-soviético implicó, para el movimiento comunista, un cambio estratégico que requería ser explicado. Al tensar la contradicción capitalismo/socialismo, quedaba abierta la posibilidad de entender este hecho como una traición a la causa antifascista e, incluso, al comunismo. Por esta razón, era importante no solo aclarar el carácter del acuerdo con Alemania, sino explicar las circunstancias que motivaron la decisión del Kremlin.

A los pocos días de la firma, se puntualizó en los medios comunistas que simplemente se trataba de un pacto de no agresión, y no de una alianza de mutua ayuda o una entente entre nazismo y comunismo. En efecto, se reafirmaba que “las ideologías permanecen opuestas y antagónicas tan honda y crudamente como ayer”.<sup>11</sup> De esta manera, al resguardar el carácter dicotómico del conflicto, era posible inscribir el Pacto en los lugares comunes con los que usualmente se pensaba y hablaba de la URSS y lo soviético.

Más allá de esta coyuntura, el Pacto era producto de una política antigüerrera que excedía los intereses geopolíticos del Kremlin. En el movimiento comunista, se planteaba que la política exterior soviética siempre estuvo dirigida a mantener relaciones pacíficas con todos los países. De este modo, no solo se negaba la existencia de un acuerdo secreto con Alemania, el cual se consideraba absurdo en el PCCH.<sup>12</sup> Las ocupaciones soviéticas de Polonia y Finlandia, asimismo, tampoco podían ser fruto de un afán imperialista. Al contrario, en ambas ocasiones, los medios comunistas plantearon que el Ejército Rojo, además de contener el avance del fascismo, liberaba a esos pueblos de gobiernos entregados a las maquinaciones del imperialismo.

A partir de esta premisa, se planteó que el tratado con Alemania era uno de los tantos episodios donde la URSS procuraba mantener la paz. Había establecido antes tratados de no agresión o de ayuda mutua con países capitalistas y, por lo mismo, se argumentaba que la cancillería soviética siempre se mostró dispuesta a establecer una alianza tripartita con Francia e Inglaterra. Para un sector del PCCH, el fracaso de las negociaciones habría tenido motivos claros: se pretendía dirigir el expansionismo alemán a los países limítrofes con la URSS y, por fin, desencadenar la guerra antisovié-

---

11 1939. El Pacto germano-soviético. *Qué hubo en la semana*, Santiago, 29 de agosto, p. 15.

12 1939. La actitud de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. *Qué hubo en la semana*, Santiago, 5 de septiembre, p. 5.

tica. Así, el Pacto resultaba ser una maniobra que permitió desbaratar el complot del imperialismo anglo-francés.<sup>13</sup>

Coincidiendo con esta visión, el emisario komintereano Eudocio Ravines, quien encabezó la delegación que impulsó el viraje frente-populista en Chile, agregó que la URSS había logrado arrebatarse la hegemonía mundial a Inglaterra. Pese a ello, a su parecer, el Pacto no impedía que se constituyera una alianza tripartita. De esta manera, resultaba ser una táctica al servicio de la causa antifascista.

Aun cuando esta explicación fuera razonable, no fue suficiente. Si bien el complot anglo-francés parecía explicar la decisión soviética, ¿qué quedaba del antifascismo? A una semana de la firma del Pacto, la respuesta no era del todo clara en los medios comunistas, pese a reafirmar escuetamente que la URSS no claudicaría y que, por lo mismo, tenía plena vigencia. En este ámbito, si bien la divergencia de posiciones fue superada, la insistencia en seguir buscando el sentido del Pacto para la lucha antifascista revela que aún persistían tales reticencias.

Tras varios días de la firma, finalmente se planteó que, con el Pacto, el anticomunismo del nazismo quedaba en entredicho. Este hecho no solo develaría la farsa de la agresión soviética contra Alemania, provocando así el desprestigio del régimen nazi. El pueblo alemán, asimismo, se daría cuenta que la URSS era lo suficientemente poderosa para derrotar a las llamadas potencias totalitarias, lo que finalmente revitalizaría en ese país la lucha antifascista y por la paz. Por su parte, al provocar tensión en el Eje, el Pacto ayudaría a la causa china por la independencia y la liberación nacional frente a la invasión nipona.

Si bien suspendía la confrontación bélica de los bloques ideológicos, el Pacto mantenía en vigencia el antifascismo al apelar a su dimensión antiimperialista, dada la naturaleza capitalista e imperialista que se le reconoció al fascismo. De esta manera, el viraje estratégico hacia el neutralismo se veía facilitado al quedar establecido no solo una cierta continuidad. Tal como lo expresó el secretario general del PCCH, también una cierta equivalencia: “es absurdo creer que en alguna forma con el pacto se evitará la lucha a muerte en que se ha empezado el socialismo con esta refinada expresión del imperialismo, que es el fascismo”.<sup>14</sup> Así, sin provocar quiebre alguno, quedaba clausurado el debate.

#### PALABRAS FINALES

El cierre de las filas comunistas en torno al Pacto germano-soviético se ha considerado como uno de los principales hechos que demostraría el uso instrumental del antifascismo y el carácter religioso del comunismo. Con el Pacto, el llamado “viraje neutralista” habría significado el abandono del antifascismo, al caracterizar la guerra que estalló a los pocos días como un conflicto imperialista. Por supuesto, el PCCH no fue una excepción. Pese al desconcierto inicial y, luego, el rechazo que generó la actitud

13 1939. El contragolpe estratégico de la U.R.S.S. *Frente Popular*, Iquique, 27 de agosto.

14 1939. En enérgico y documentado discurso Contreras Labarca explicó al pueblo la política de la URSS. *Frente Popular*, Santiago, 4 de septiembre.

comunista en la opinión pública, la fe de la militancia se habría mantenido intacta. De este modo, en nombre de la revolución mundial, el apoyo incondicional a la URSS era capaz de aguantar toda prueba. Así, supuestamente quedaba al descubierto el verdadero carácter del antifascismo: una máscara que, bajo un aura democrática, ocultaba el gen totalitario del comunismo (Furet 1995).

Esta hipótesis, empero, es producto de una mirada finalmente retrospectiva y, con ello, ahistórica, que considera inaudita la adscripción prosoviética. Al imputarle un acérrimo dogmatismo, esta visión se centra en la justificación de esas coyunturas, de aparente contradicción ideológica, sin considerar el contexto discursivo que históricamente les dio capacidad de argumentación y sentido. Así, no se considera la legitimidad como un problema, pues se imputa a esos discursos una total aceptación. En efecto, pese al aparente consenso, el apoyo del PCCH al Pacto tuvo que lidiar con distintos niveles de aceptación y, muy posiblemente, de rechazo.

Los reparos que el Pacto generó en el PCCH demuestran que el antifascismo fue mucho más que un instrumento. Fue una sensibilidad política que le permitió al partido confluir con diversas personalidades y colectivos. Como hemos visto en este artículo, el antifascismo también fue parte de la cultura política comunista, al ser un ideario que, junto con el soviétismo, alimentó su internacionalismo al estructurar una visión de mundo en la perspectiva de la emancipación. Como tal, fue parte de una construcción ideológica que, entre otras cosas, permitió construir sentido y legitimidad en torno a un hecho sumamente controversial. De este modo, el Pacto resulta un ejemplo más del potencial que tiene un análisis más complejo y específico de una relación irresoluta: el vínculo entre lo nacional y lo internacional en el comunismo.

## BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ ABARA, J., 2015a. Orígenes de un desencuentro: el Partido Comunista ante el Movimiento Nacional Revolucionario y la dictadura de Villarroel en Bolivia (1943-1946). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 19, nº 1, pp. 9-39.
- FERNÁNDEZ ABARA, J., 2015b. En la lucha contra el "pulmón de la conspiración fascista en América Latina". Los comunistas chilenos ante el proceso político argentino y el Gobierno de la Revolución de Junio (1943-1946). *Historia*, vol. II, nº 48, pp. 435-463.
- FURET, F., 1995. *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*. España: Fondo de Cultura Económica.
- QUINTANA ROMÁN, D., 2018. "¡No pasarán!": el rol del Partido Comunista de Chile en el Movimiento Antifascista de Solidaridad con la República Española (1936-1939). Informa de seminario. Santiago: Universidad de Chile.
- TEITELBOIM, V., 1999. *Un hombre de edad media (Antes del olvido II)*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- ULIANOVA, O., 2006. A sesenta años la Guerra Civil Española. Combatientes chilenos en las Brigadas Internacionales. *Estudios Avanzados Interactivos*, vol. 5, nº 7, pp. 1-37.
- URTUBIA ODEKERKEN, X., 2019. *Hacia un partido nacional y mundial: la cultura política comunista en tiempos de Stalin (Chile, 1931-1945)*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile.
- URTUBIA ODEKERKEN, X., 2017. El antifascismo en el Partido Comunista chileno (1922-1934). *Páginas*, año 9, nº 20, pp. 9-31.